



FRANCESC MORATÓ, *Els segrests de la pedagogia. Memòries d'un filòsof a secundària*, Edicions Enoanda, Sabadell, 2024, 295 pp., ISBN: 978-84-1282-332-5.

Libro valiente y lúcido el de Francesc Morató, que desgrana con un *iter* discursivo tan ágil y flexible como riguroso y profundo una multiplicidad de aspectos relacionados con el actual sistema docente en España. Las cuatro décadas de experiencia en la enseñanza media y universitaria a las que apela el autor en la contraportada del libro le permiten reflexionar con solvencia sobre todos los niveles del proceso educativo, aunque la obra está enfocada predominantemente a la enseñanza secundaria, desvelando las mistificaciones de la pedagogía actual y centrando el análisis en la degradación imparable, a partir de finales del siglo pasado, del sistema educativo español con la puesta en marcha de la fatídica LOGSE (y sus secuelas legislativas y reglamentarias).

Con el apoyo de pensadores humanistas señeros de los últimos cien años, desde Hannah Arendt a Cornelius Castoriadis, Francesc Morató ilustra su discurso apelando a un variadísimo –aunque nunca inoportuno– despliegue de referencias. Basta con ojear el índice onomástico: Gombrowicz y Serrat, Pérez Reverte y Simone Weil, *Lord Jim* y *La montaña mágica*, Orson Welles y Pasolini acuden, entre muchos otros, al encuentro y ofrecen visajes y perspectivas que ilustran el asunto que se debate. Pero el autor no pierde de vista los máximos inspiradores de su reflexión pedagógica, plenamente consciente del carácter incómodo y provocador de los mismos. A saber: el siempre antiacadémico e intuitivo Friedrich Nietzsche, cuyo vitalismo y lucidez crítica recayó específicamente sobre el asunto educativo en una obra temprana no demasiado conocida, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*; y el pensador italiano Giovanni Gentile, autor de la ley de reforma educativa del primer gobierno de Mussolini (que trató de apropiársela ideológicamente desde una perspectiva netamente “fascista”), sustentada sobre la exigente ética kantiana y centrada en la formación del carácter y el fortalecimiento del espíritu, pero considerando siempre la espontaneidad y apertura del hecho pedagógico. Frente a todo ello nos encontramos hoy con una pedagogía dogmática y sentimental, falsamente científica y miopemente pragmática, que no tiene en cuenta ni la singularidad del individuo, ni la ambigüedad de la vida, ni el peso cultural de la tradición y de la Historia (que es, por cierto, como recuerda Morató, “el fundamento de todas las ciencias humanas, aunque hoy haya quedado diluida en el ambiguo concepto de *ciencias sociales*”, p. 180).

Imposible señalar en una breve reseña todas las sendas y senderos discursivos con los que el autor empiedra su abarcador análisis del problema educativo. A veces se desciende al dato concreto e ilustrativo y a veces se asciende al presupuesto cultural, humanístico o filosófico, que demuestra cómo la gestión de la enseñanza en curso ha renunciado a lo que Morató califica como “pedagogía profunda”, abandonando

definitivamente esa idea de formación integral que en la tradición humanista recibía el bello nombre de *paideia*. En las antípodas de esta exigente formación, la educación reinante en la actualidad parece rehuir cualquier compromiso con la instrucción profunda de los individuos para impostar una pedagogía masiva, que es en el fondo artificial y vana. Morató menciona muchos de sus rasgos a lo largo del libro: su “retórica filantrópica”, su “ficción científica”, “el jacobinismo colosal de su gestión”, que resta libertad y autonomía a los protagonistas de la práctica docente, su especialización limitadora, su ramplonería psicopedagógica, que rehúye la ambigüedad inherente a las acciones humanas, por no hablar de la burocracia de sus procedimientos y de los barbarismos lingüísticos que lleva consigo

Morató no olvida las responsabilidades políticas y las cargas ideológicas que arrastra esa “nueva educación” encarnada por la LOGSE, cuya reforma se llevó adelante bajo la cobertura de un supuesto progresismo izquierdista basado en un concepto de “igualdad” indiscriminada sin consideración de méritos y singularidades, que por lo demás se asienta en la consideración de que la escuela tiene, en último término, una función social más que propiamente educativa. Las impugnaciones y las reservas que manifiesta el autor sobre este planteamiento desbordan a veces el marco actual o el ámbito hispánico. Así, trae a colación otras propuestas educativas, más “humanitarias” y voluntaristas que genuina y verdaderamente humanísticas, desde la aguda crítica que Morató formula al desempeño pedagógico del krausista Giner de los Ríos, el cual “hubiera preferido que la prosa del mundo histórico no se hubiera inmiscuido en sus sueños regeneracionistas” (p. 38), hasta el reciente y decaído humanismo ideológico de Martha Nussbaum (a la que el autor responde expresamente en un apéndice del libro).

Con dureza a veces no exenta de ironía Morató denuncia a lo largo de la obra a los máximos gestores y responsables de esta degradación en la enseñanza de nuestro país: los políticos, en primer lugar, cuyas campanudas proclamas para la galería no logran ocultar una indiferencia palmaria hacia el tema educativo; pero también una mayoría de profesores pastueños y acomodaticios, sometidos a los dictámenes de los nuevos pedagogos, que han asumido sin rebelarse la pérdida de autoestima y autoridad frente al alumnado y las familias y que han permitido validar y encubrir el fracaso del sistema.

Al final del análisis el autor se eleva sobre su materia y nos conduce, pertinentemente, a unas honradas consideraciones generales para recordarnos la complejidad del problema abordado, que no se soluciona con tópicos y recetas y que es y ha sido tratado con frecuencia (incluso en la buena dirección) de un modo apresurado y superficial. Morató admite “la dimensión trágica, irresoluble, estimulantemente contradictoria de la educación” (p. 204) y formula una apuesta por la sensatez realista frente a la utopía mistificadora y por la paciencia frente a la inmediatez del día, con una mezcla de realismo y convicción misionera. Una convicción –como se afirma significativamente en la penúltima página del ensayo– que no debiera renunciar a la inspiración de lo Bueno, de lo Bello y de lo Verdadero en beneficio de lo supuestamente Útil como referencia de ningún deseable sistema educativo.

Javier García Gibert